

ANDRÉS POCIÑA PÉREZ
JESÚS M.^a GARCÍA GONZÁLEZ
(eds.)

EN GRECIA Y ROMA, VI:
MÁS GENTES Y MÁS COSAS

GRANADA
2017

© LOS AUTORES.
© UNIVERSIDAD DE GRANADA.
EN GRECIA Y ROMA, VI: MÁS GENTES Y MÁS COSAS.
ISBN: 978-84-338-6074-3.
Depósito legal: GR./774-2017.
Edita: Editorial Universidad de Granada.
Campus Universitario de Cartuja. Granada.
Telfs.: 958 24 39 30 - 958 24 62 20
web: editorial.ugr.es
Maquetación: CMD. Granada.
Diseño de cubierta: Josemaría Medina Alvea.
Imprime: Imprenta Comercial. Motril. Granada.
Printed in Spain *Impreso en España*

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

PRÓLOGO

En una tarde del mes de enero del año 2015, escribíamos el Prólogo del volumen V de nuestra colección “En Grecia y Roma”, que iba dedicada a una serie de hombres ilustres de ambos pueblos y culturas. Comenzábamos diciendo que el cielo de Granada estaba “extrañamente gris, quizá melancólico, sin duda triste”, y nos parecía reflejo inequívoco de nuestro sentimiento, pues estábamos casi seguros de estar escribiendo el último prólogo de un volumen, el sexto, de una serie en la que habíamos puesto mucho trabajo, mucho empeño, mucha ilusión, todo ello a la larga reflejo obvio de muchos años de amor y de entrega al estudio del Mundo Clásico.

Sin embargo, por fortuna equivocamos una vez más nuestras cuentas, y el libro *En Grecia y Roma, V. Hombres notables* (Granada, Universidad, 2015) no fue el último. Ahora estamos escribiendo estas cortas palabras previas para mandar a la imprenta un nuevo volumen, que llevará por título *En Grecia y Roma, VI: más gentes y más cosas*, y ya te das cuenta, querida lectora, querido lector, que cuando celebramos el cursillo que dio lugar a los textos que ahora tienes en las manos escogimos el nombre con sumo cuidado, por obvia referencia al del libro *En Grecia y Roma: las gentes y las cosas* (Granada, Universidad, 2003), que comenzaba la serie que ya sabemos que llega a su fin. Pero hoy el cielo de Granada está absolutamente despejado, con un cielo sin nubes, que nos permite ver con toda su nitidez, al fondo, la Sierra Nevada cubierta de nieve, hermosísima. Y hoy no sentimos nostalgia de ningún tipo, sino la alegría de haber alcanzado, gracias a un propósito continuo de más de veinte años, la serie de siete libros (hay que sumar el inicial, *Pervivencia y actualidad de la cultura clásica*, Granada, 1996) sobre personas, hechos, instituciones de Grecia y de Roma, que realizamos

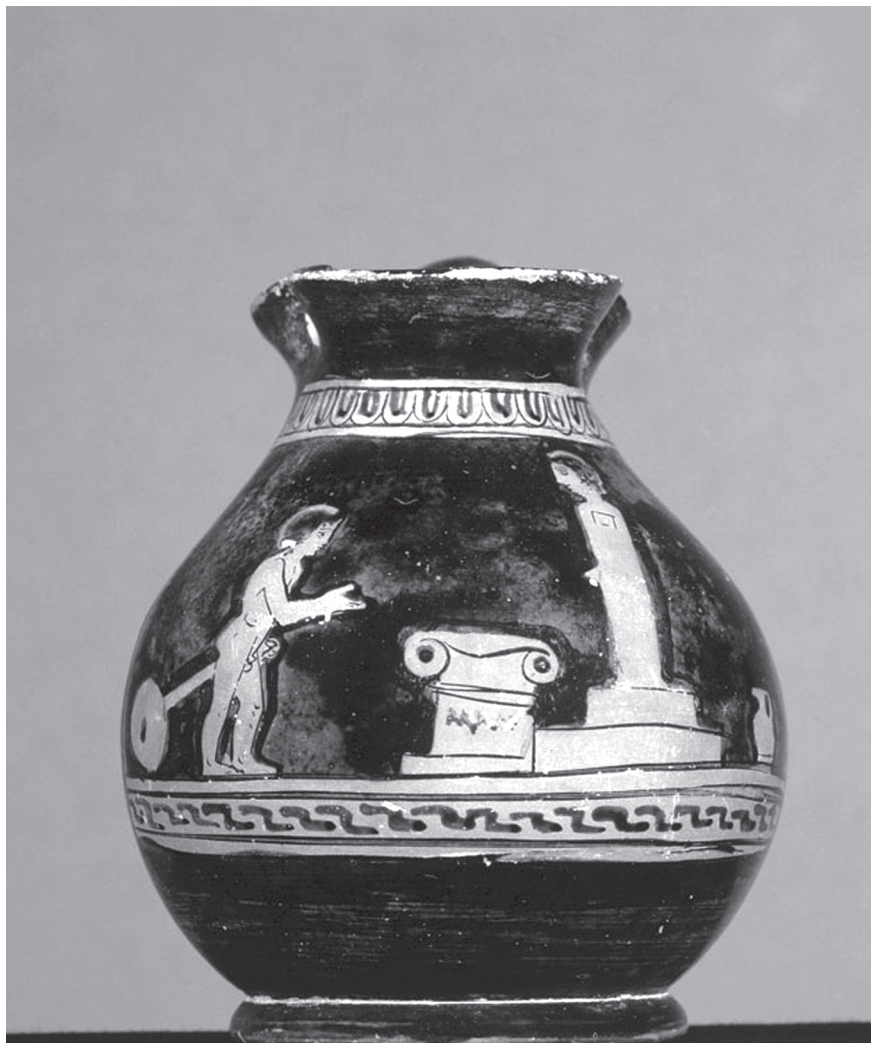
gracias a la colaboración absolutamente desinteresada, desde el punto de vista económico, de cincuenta estudiosas y estudiosos del campo de la Filología clásica en Institutos y Universidades de Andalucía Occidental, unidos por su calidad de asociados de la Sociedad Española de Estudios Clásicos, cuya Delegación de Granada (provincias de Almería, Jaén y Granada), junto con los Departamentos de Filología griega y Filología latina de la Universidad de Granada, subvencionaron la realización de los cursillos y la publicación de los libros de ellos derivados.

La dirección conjunta de estas actividades y la publicación de estos hermosos volúmenes resultan, desde el punto de vista humano (y parece lícito señalarlo, puesto que nuestras enseñanzas suelen ser calificadas como prototípicas y ejemplares en el llamado mundo las Humanidades), muestra objetiva de la larga amistad que nos ha unido, durante muchos años, a un helenista y un latinista, Jesús María García González y Andrés Pociña Pérez, por un largo tiempo secretario y presidente de la SEEC de Granada, y, como tales, editores literarios de la serie *En Grecia y Roma*. Coincide el final de ésta con nuestra jubilación en la docencia de la Facultad de Filosofía y Letras de Granada; pero ambos coincidimos, una vez más, también en considerar que no existe razón para que la existencia de la serie acabe al mismo tiempo que nuestra actividad académica personal. Desearíamos de corazón que otros y otras colegas sintiesen el deseo de seguir dando vida a la serie por nosotros diseñada y promovida, en la seguridad de que contarán con nuestro apoyo y colaboración, siempre que nuestras fuerzas nos lo permitan.

Como en todos los casos anteriores, acabaremos expresando nuestro agradecimiento a todo el personal de la Editorial de la Universidad de Granada, que siempre acogió con todo interés y afecto nuestras publicaciones, y de forma especial a su directora, Dra. Doña María Isabel Cabrera García, y su seguidora de ediciones, Dra. Dña. Clara Isabel Lorca González. Y no podemos olvidar en absoluto la indispensable ayuda que siempre nos ha prestado don José Antonio Belmonte Márquez, secretario del Departamento de Filología Latina, tanto en la organización de los cursillos como en la disposición y ordenación de este volumen y de los precedentes.

Granada, diciembre de 2016

Andrés Pociña Pérez
Jesús M. García González



Enocoe de las Antesterias (s. V a.C.). Museo del Louvre.

INFANCIA Y RELIGIÓN EN LA GRECIA CLÁSICA

JAVIER CAMPOS DAROCA
Universidad de Almería – CySoc

Considerando que la Humanidad debe al niño lo mejor que pueda darle

Declaración Universal de los Derechos del Niño.
Preámbulo (1959)

Aunque la historia es larga y el futuro incierto, resulta difícil imaginar sociedad alguna que no dé a los primeros años de la vida humana una consideración especial y la distinga con más o menos rigor de la vida adulta. En este sentido, la serie de declaraciones sobre los derechos de la infancia desde el esbozo de 1925 hasta la *Convención* de 1989 puede considerarse fundada en una inquietud legítimamente universal llevada al extremo, en la medida en que reclama para la infancia una protección muy especial en correspondencia con su extraordinaria vulnerabilidad. Otra cuestión es hasta qué punto los diversos modos de entender esa primera edad de la vida, sus fases y extensión, así como las modalidades del trato que requiere pueden llegar a diferir histórica y culturalmente y hacerse incomprensibles o incompatibles, una experiencia que no puede ser más actual en los estados multiculturales. Lo que distingue la concepción contemporánea y su forma de pensar en términos de derechos es que incorpora, de un lado, la universalidad absoluta e indistinta de quienes debe gozar de esos derechos y, de otro, una consideración del niño como un sujeto capaz, por ejemplo, de opinar, expresarse o tener conciencia, y no sólo como futuro miembro pleno y productivo de la comunidad en cuestión. La infancia se ha convertido en algo valioso y hasta privilegiado. La nueva disciplina de los *Childhood Studies* en su propósito utópico de restituirnos “el punto de vista infantil” en los diversos momentos de la civilización humana, puede considerarse animada por la aspiración de salvar al niño en lo posible de la mediación adulta.

La radicalidad de esta perspectiva contemporánea y su alcance normativo ha llevado a pensar que la infancia como tal era desconocida antes de la modernidad europea, de modo que lo que tiene que ofrecer la historia al respecto es una galería infamante de maltrato y explotación infantil no reconocido como tal. Los estudios sobre la infancia actuales proponen una orientación más matizada que se encuentra ya en la Convención citada, cuando apunta en su Preámbulo que no hay infancia valiosa sin un medio cultural específico floreciente. Así pues, la exploración de la diversidad histórica y cultural no sólo ofrece el triste espectáculo de una infancia desprotegida (que, por otra parte, se proyecta negativamente sobre nuestros ideales de derechos incumplidos), sino también una rica variedad de usos y prácticas que sirven a una visión crítica sobre la serie imponente de cuestiones que se abren a propósito de ese ser extraño que vive y crece a nuestro lado y, al parecer, pervive dentro de cada cual, como decía el viejo Platón.

La esfera de la religión es la que mayor información ofrece sobre la infancia en la Antigüedad. En cierto modo, a través de tan intensa exposición religiosa, las ciudades griegas daban a sus niños lo mejor que podían darles por el bien de la ciudad. Este protagonismo del niño en la religión de la ciudad antigua debe entenderse naturalmente al modo premoderno. No solo no tiene atisbos de universalidad, sino que en esencia constituye una proyección sobre las primeras edades de las ansiedades comunitarias de supervivencia y continuidad en el medio simbólico de las prácticas rituales en las que la comunidad en cuestión se constituye y reconoce. Tampoco es ajena a la conceptualización del menor como subordinado y por tanto cercano a la condición servil. Pero esta constatación no quiere decir en absoluto que la Antigüedad fuera ajena al intenso vínculo emocional y afectivo que es hoy central en el trato con la infancia. Un pasaje memorable de Dion de Prusa es ilustrativo no sólo de que la relación afectiva era constitutiva del vínculo familiar, sino de que podía incluso servir de metáfora para ilustrar la relación de los seres humanos con la divinidad (Texto 1).

Por “infancia” los estudios sobre la infancia en la Antigüedad no suelen entender, a la manera del DRAE, esa primerísima parte de la vida del ser humano que limita con la adolescencia, y que asociamos por lo general con la inocencia, la espontaneidad y la imaginación. Para la comprensión de las ideas y prácticas religiosas antiguas es más conveniente adoptar una concepción “extendida” del periodo de la infancia que abarca desde el nacimiento hasta la mayoría de edad, que entre los griegos se situaba entre el nacimiento y los dieciocho años, para el caso de los niños, y hasta aproximadamente los quince en el de las niñas. Lo cierto es que esta definición extendida es curiosamente

la que acepta la *Convención* de 1989, que considera niño a todo ser humano menor de dieciocho años, aunque inmediatamente añade la curiosa precisión “salvo que haya alcanzado antes la mayoría de edad” (Parte I, art. 1).

Naturalmente los griegos de la Antigüedad distinguían en esta infancia extendida diferentes etapas en la progresión hasta la mayoría de edad, y en algunas de sus versiones sus esquemas sobre las “edades de la vida” han tenido una extraordinaria vigencia hasta casi la edad moderna. En el trance de encontrar una palabra griega para traducir nuestra “infancia” propondríamos tentativamente, siguiendo la inspiración platónica (y el de la bella lengua portuguesa), el término *trophe*, “crianza”. El término figura en la palabra que designa la función alimenticia que tenían asignadas algunas divinidades cuya protección se invocaba para una crianza exitosa: *kourotrophos*. Entre estas divinidades destacan las ninfas (Texto 2) y los ríos, pero también Ártemis, Apolo, Hera, Poseidón y el propio Zeus.

No es fácil hacer corresponder la terminología sobre las etapas de la infancia con años precisos, ni hay que suponer que las etapas marcadas por celebraciones religiosas coinciden por ejemplo con las de la formación, pero creemos bastante acertado situar la infancia antigua entre el nacimiento y los siete años, momento en el que además la segregación genérica se hace más estricta. En estos años de “crianza” las notas características de la infancia antigua parecen especialmente aplicables, como son la vulnerabilidad y la pureza/inocencia, la segunda de especial significación religiosa. En la breve exposición que sigue atenderemos sólo al protagonismo de los niños y niñas en la religión de la ciudad siguiendo el proceso de integración en la comunidad. La figura del niño tiene también un protagonismo importante como figura religiosa, pero no nos detendremos en los casos de infancia divina heroica y sus cultos correspondientes, del que damos en el Texto 8 un ejemplo de cierta importancia en la figura de Ofeltes/Arquémoro, cuya muerte temprana figuraba en los mitos fundacionales de los juegos de Nemea (recientemente refundados, por cierto).

Unas breves consideraciones previas conciernen a la extraordinaria complejidad de la religión griega. Una parte importante de la actividad religiosa en la Grecia clásica tenía alcance muy localizado, pero ello no significa aislamiento; más bien al contrario, los ritos y divinidades locales estaban conectados formando comunidades de diverso rango, entre las cuales la ciudad constituía un centro privilegiado. Por lo general es el nivel “político” el que suele dominar en la descripción, pero la importancia del nivel local más básico (los demos en el Ática por ejemplo) y el “interpolítico” (pensemos en los “paisajes teóricos”

como el del Egeo cicládico o el de las comunidades anfictiónicas) es hoy por hoy objeto de una atención considerable, por no hablar de la dimensión experiencial de la religiosidad vivida. En este trabajo no hay espacio para escapar a la perspectiva atenocéntrica, tan denostada hoy día, con apenas algunas referencias a otras *poleis* griegas, como es el caso de la Esparta o Elide.

Igualmente es obligado la engañosa homogeneidad (moderna como decíamos) de la expresión de “infancia”, como si ésta fuera una y uniforme en la época que hablamos, algo que resulta hoy día igualmente falso, fuera de la letra de las declaraciones. Como toda entidad social de cualquier tiempo, la infancia antigua está atravesada por las diferencias que dividen las comunidades humanas en clases, estamentos, órdenes y géneros. Niños y niñas seguían desde muy pronto itinerarios diferentes hasta llegar a ser, si los dioses eran propicios, quienes debían ser y cumplir la expectativas que sus padres ponían en su prole para una imaginaria ciudad eterna. La vigencia incontestada de la esclavitud impone una restricción insalvable a cualquier discurso general sobre la infancia antigua. Los niños y niñas esclavos, ayer como hoy, no tenían propiamente infancia.

Una observación final es necesaria respecto a la documentación sobre el tema. No sólo es irregular según épocas y regiones, sino que también es muy diversa en lo que toca al medio. Los textos provienen de una gran variedad de fuentes y períodos (que para la cultura griega se extienden hasta casi el milenio y medio), de modo que la labor de reconstrucción es ardua y arriesgada. Una especial importancia adquieren las representaciones visuales, capaces de provocar el efecto de comunicación directa sin mediación textual. La pretensión de que se puede leer una imagen sin recurso a textualidad alguna sólo se sostiene cuando se olvida todo lo que se da por supuesto al contemplarla. Por ejemplo, una estela funeraria de finales del siglo V hallada en el Cerámico representa una mujer madura que sostiene una criatura de no más de un año que ella envuelve en su propio manto (Museo del Cerámico P695). La mujer fija su mirada en el niño que extiende sus manos hacia ella, no sabemos si porque la reconoce o porque la mujer a la altura de su cabeza retiene con delicadeza en su mano izquierda un pájaro que despierta la curiosidad del pequeño. Ciertamente la escena es conmovedora por sí misma, pues sabemos ya por el medio (monumento funerario) que la muerte está presente en medio de lo que parece una instantánea de la vida diaria. Sólo gracias a la inscripción que la acompaña podemos conocer que la mujer en cuestión se llama Anfarete y que aquella a quien arroja en su seno es la hija de su hija muerta, probablemente en el parto, de manera que la imagen, una vez

leída la inscripción, deja ver a la vez una escena *evocada* del pasado familiar (madre e hija vivas), un encuentro *real* de ultratumba (madre e hija muertas) y una escena *representada* que transita entre ambos mundos (la abuela muerta sostiene a la nieta viva). O bien cabría pensar que quien ha muerto ha sido la niña, de modo que Anfarete juega en el reino de la muerte con su nieta como lo hiciera en vida con su hija... Sólo gracias a la inscripción podemos ver en relieve temporal las figuras representadas y la intensa relación que une tres generaciones entre la vida y la muerte.

Si prescindimos de las acciones propiciatorias que acompañaban la gestación (y hasta la concepción), la primera ceremonia infantil propiamente dicha era en la Atenas clásica aquella que se celebraba una vez que el padre había decidido sobre la aceptación del recién nacido. En el quinto día de su existencia la criatura era llevada en brazos solemnemente alrededor del hogar doméstico y se realizaba un sacrificio de acción de gracias. Sobre la sacralidad de este espacio asignado a la diosa Hestia y el significado de esta presentación del recién nacido no hace falta extenderse. A los diez días, en una ceremonia que recibía el nombre precisamente de la fecha en que tenía lugar (*Dekate*), la criatura recibía ya un nombre, y era tradición la visita de parientes y amigos con un tipo de regalos que hacen en su nombre referencia a la “visita” (*opteuteria*). La celebración se extendía a la noche y en ella las mujeres congregadas para la ocasión danzaban. Hay noticias de ceremonias a los siete días, cuando el recién nacido era presentado a las personas más cercanas fuera del núcleo familiar y a los catorce, cuando acababa el periodo de polución asociado al parto. Los ritos de este primer momento de la vida parecen seguir una lenta progresión en la participación de la alegría, que se justifica bien en un mundo en el que uno de cada tres recién nacidos moría en los primeros días de su vida.

A estas ceremonias que tenían como centro el hogar seguían otras que ampliaban poco a poco el círculo de la integración del niño y, ocasionalmente, la niña, en la comunidad ciudadana. En una perspectiva comparativa ya plenamente establecida en el estudio de las religiones antiguas, suele describirse como “ritos de paso” o con menos propiedad iniciaciones. Al cabo del primer año el niño era presentado a la “fratría” del padre para su reconocimiento por los miembros de la misma hermandad. Esta presentación tenía lugar en el tercer día del festival celebrado en otoño con el nombre de Apaturias, que era considerado una señal de identidad jonia y reunía a grupos de ciudadanos de la misma clase de edad. En la presentación el padre ofrecía un sacrificio al tiempo que daba testimonio jurado de la legitimidad de su descendencia. Los datos no son concluyentes, pero es posible que el niño debía de nuevo

comparecer a los catorce o quince años en el mismo festival para hacer sacrificio de un mechón de cabello (*koureion*) y ser de manera definitiva inscrito en la fraternidad correspondiente. Según transmite Platón, en ese día se hacía a los niños competir en el canto (*Tim.* 21b).

Un tercer momento importante en la integración de los niños se daba con ocasión de una de las más misteriosas fiestas atenienses celebrada en la primavera con el nombre de Antesterias, en el que eran iniciados a la edad de tres años. Prácticamente todos los detalles de esta fiesta son discutidos, pero sabemos al menos que el segundo día de los tres que duraba la celebración era llamado “Coes”, por el nombre de una pequeña jarra que se daba a los niños, de las cuales se han conservado una buena cantidad. Es posible que de ellas tomaran el primer sorbo de este líquido a la vez salvaje y civilizatorio que será parte importante de su dieta adulta. La gracia de estas vasijas en miniatura es que su decoración ilustra profusamente el mundo de los niños con una viveza que es difícil sustraerse a la idea de que podemos asomarnos al pasado. La decoración de las jarritas está en relación con el tamaño de la misma que es simbólicamente el correspondiente a la edad de su pequeño poseedor. En ellas aparecen pintados adornados de coronas (lo cual apunta al momento de la celebración) de manera naturalista desde infantes bastante rollizos que gatean desnudos cargados de amuletos, hasta adolescentes que juegan entre ellos y con sus animales de compañía. El hecho de que en las pinturas se incluyan por lo general también pequeñas jarras del mismo tipo se ha tomado como evidencia de autorreferencialidad, pero no es seguro que todas las imágenes de esta serie cerámica se refieran a detalles de las Antesterias. De hecho, algunas han sido referidas a las Apaturias, para las que no hay documentación iconográfica segura.

A través de la serie de ceremonias y festejos descritos, la esfera de la infancia se va ampliando como en esferas concéntricas desde el espacio femenino donde tiene lugar el parto hasta la comunidad ciudadana en el momento de la fiesta en honor a uno de sus dioses más venerados. Otras ceremonias, como las de integración en las asociaciones de culto conocidas como *gene*, concernían sólo a los hijos de los ciudadanos con este privilegio. El mismo alcance restringido tienen la mayoría de los ritos sucesivos de integración para niños de uno y otro género.

Las vasijas de juguete de las Antesterias muestran también a niñas jugando, lo que lleva a pensar que también ellas tenían parte en esta fiesta que un erudito moderno ha comparado a nuestras celebraciones de Navidad y que podía servir para dar la edad de las criaturas. Pero dada la estricta diferencia genérica que dominaba en la Atenas clásica es natural encontrar abundante testimonio de que la experiencia reli-

giosa de niñas y muchachas seguía muy pronto un camino diferente. Debemos a un famoso pasaje de Aristófanes una curiosa descripción de lo que parece un *cursus honorum* religioso puesto en boca de ancianas de la ciudad, que exaltan el excelente pedigrí de su ciudadanía femenina (Texto 4). Las venerables coreutas mencionan expresamente en su canto cuatro ceremonias que daban a las muchachas que en ellas participaban el más alto prestigio y autoridad, puesto que las ancianas presentan esa participación como título que les autoriza a ser escuchadas, es decir a participar en el bien máspreciado de la ciudad: la libertad de palabra. Pese a la pretensión de ver aquí un ciclo de iniciación femenina (Brellich, 1969: 229-311), parece claro que estos ritos estaban lejos de ser para todas las niñas de Atenas.

Las cuatro ceremonias mencionadas están atestiguadas de manera muy desigual. Poco sabemos del ritual de la molienda en honor a una diosa que pudo ser Ártemis o Deméter. En cuanto a la función de “portadora de cestas” (*kanephoros*), es un cometido necesario en un gran número de rituales y en el que la participación de las muchachas constituía un gran honor para la familia. Detalles de las Arreforias son conocidos por un texto de Pausanias, en el que se habla de dos muchachas seleccionadas por el arconte para servir durante un año alojadas en un recinto de la ladera norte de la Acrópolis, cerca del templo de la Atenea “de la ciudad” (*Polias*). El lugar ha sido localizado en las excavaciones y se ha hallado una explanada en la que al parecer se practicaban juegos de pelota. La acción ritual que cumplían al final de su cargo es descrita por Pausanias y tenía lugar en el festival del mismo nombre en el medio del verano. Con bastante probabilidad estaba dedicada al cuidado del olivo sagrado de Atenea y debe relacionarse simbólicamente con los mitos del nacimiento de Erictonio y su crianza por las hijas de Cécrope. Hay noticia de otras dos muchachas arreforas que probablemente estaban dedicadas a la confección del peplo sagrado ofrecido a Atenea en el gran festival en su honor que marcaba el comienzo del año ateniense. Sabemos de otras ocasiones rituales para las que se precisaba el concurso de muchachas, como en la ceremonia en la que se lavaba y limpiaba la estatua de la diosa (Plynteria, Kallisteria), pero el baño en el mar que se daba al Palladion, la venerable estatua anicónica de Atenea que presidía el tribunal donde se juzgaban los homicidios, era competencia de muchachos. Las muchachas participaban también de los festivales sólo para mujeres, siendo las Tesmoforias el más conocido.

También se tiene información abundante sobre el ritual de la *Arkteia*, celebrado en honor a Ártemis en varias localidades del Ática. Entre las de más fama figuraba Braurón, en la costa ática oriental, donde

las excavaciones han aportado una gran cantidad de objetos asociados a este culto protagonizado por las muchachas en la edad previa a la núbil. En el curso de las ceremonias las jóvenes se convertían en “osas”, vestían túnicas azafranadas y practicaban una serie de danzas y carreras en honor a la diosa. Aunque no tan exclusivas como las Arreforias, en esta ceremonia, que se celebraba cada cinco años, participaba sólo una pequeña parte de las jóvenes atenienses, pero los detalles del ritual hacen pensar en un primitivo rito de paso iniciático. Como detalle de interés, merece la pena señalarse que este culto a Ártemis ha dado lugar a algunos de los testimonios más realistas y, por ello, entrañables de la vida infantil de la Antigüedad en la forma de estatuas votivas de niñas y niños representados con sus juguetes y animales favoritos. El detalle de los rasgos hace pensar en auténticos retratos y la representación de los objetos queridos remite a la dedicación de los mismos a la divinidad con el paso a la edad adulta que conocemos por algunos epigramas. La tragedia nos ha transmitido testimonios imaginarios, pero no por ello menos elocuentes y conmovedores, de la perspectiva femenina de esa traumática experiencia.

Las ceremonias de Braurón muestran claramente no sólo el sentido de buena parte de estas fiestas, sino una modalidad importante de la participación de los niños en la celebración divina. Ya no se trata sólo de ser presentados para su reconocimiento y admisión, ni de atender al culto con tareas que en realidad son propias de la servidumbre, sino de exhibir las habilidades musicales (incluyendo competencias en danza, canto e instrumento) y atléticas como un signo a la vez de su florecimiento y su cumplida maduración. La educación coral, impregnada de un fuerte componente competitivo, era parte fundamental del proceso de integración de los jóvenes y cobraba un protagonismo considerable en las fiestas más reputadas de Atenas, como eran las Panateneas, Targelias y Grandes Dionisias. Pero la práctica coral nos permite además ampliar el horizonte más allá de Atenas: extiende la esfera de la infancia más allá de la ciudad y la proyecta sobre el complejo espacio panhelénico. La ejecución del canto coral a cargo de jóvenes desde los ocho o nueve años fue un medio fundamental de comunicación interpolítica cuyo papel en la historia de la Grecia arcaica y clásica empieza a ser reconocido. Esparta desde la época clásica cobró fama, merecida por lo que sabemos, por la frecuencia y calidad de sus coros juveniles, tanto masculinos como femeninos. De los dedicados expresamente a las muchachas constituían un género específico (*Parthenia*) cultivado por todos los grandes de la poesía coral. Los testimonios son lamentablemente escasos, pero en ocasiones, como el de Alcman, dejar ver una sorprendente belleza. (Texto 6). Las fiestas en honor de Hera en

Élide nos permiten asomarnos a las prácticas del atletismo femenino antiguo. (Texto 7).

La intensa vida religiosa de la ciudad antigua incorporaba regularmente a los niños como parte fundamental de la familia y en el seno de la misma adquirían probablemente su formación religiosa elemental, que Platón quiere garantizar con medidas educativas que suenan, por cierto, muy modernas (Texto 3). El grupo familiar celebrante es un cuadro frecuente desde la cerámica arcaica y de él dan testimonio numerosas estelas votivas en las que la familia al completo se presenta en riguroso orden de dignidad ante una o varias divinidades con sus ofrendas. A los niños antiguos, al parecer, no se les ocultaba la realidad de la muerte, un ocultamiento que ha sido denunciado como característico de la modernidad. Asistían a las ceremonias de lamento y enterramiento, así como participaban con la familia en el culto rendido a los muertos.

Pero los más jóvenes tenían también en ocasiones funciones específicas dentro del servicio habitual a los dioses. La mano de niños “con padres vivos” (*amphithaleis*) se requería para la manipulación de objetos rituales vegetales, como las ramas del olivo sagrado para las coronas de los vencedores atléticos en Olimpia, o la rama con vellones de lana portada en las *Pianopsia*. Eran igualmente requeridos en los casamientos para asegurar la prosperidad fecunda del matrimonio. En este caso a la pureza ritual genérica se añadía el hecho de que estos niños no habían sido tocados por la muerte de sus progenitores.

En las procesiones que precedían al sacrificio tocaba a las jóvenes guiar la comitiva llevando sobre la cabeza la cesta con los objetos necesarios para el rito, como eran las guirnaldas, los granos de cebada y el cuchillo sacrificial. Los muchachos, a su vez, podían asistir a las operaciones del sacrificio prácticamente a la manera de acólitos. En algunos lugares niños o niñas podían desempeñar el cargo de sacerdotes hasta el momento de la madurez. En esta designación jugaba un papel importante la asociación de los niños a la pureza ritual, y probablemente esta misma asociación, junto la de la inocencia, se encuentra en la base de su papel en las prácticas adivinatorias. Algunos vasos áticos muestran a muchachos que sostienen las vísceras que han de ser inspeccionadas y otros modos de adivinación recurrían a la voz de los niños como reveladora de la voluntad divina. Una noticia tardía del filósofo Porfirio nos informa de que un niño o una niña “del hogar” (*aph'hestian*) debía servir de intermediario en la ceremonia de iniciación de los misterios eleusinos (Texto 8).

Las prácticas funerarias propias de los niños fallecidos antes de llegar a la edad adulta cambiaron considerablemente a lo largo de la historia, pero hay abundante testimonios del dolor que semejante pérdida

puede causar, algunos de ellos especialmente conmovedores como el de la serie de estelas áticas de época clásica dedicadas a conmemorar tales casos. La percepción de estas muertes como algo “antinatural” parece reflejarse bien en creencias sobre la condición fantasmagórica de los que mueren antes de su plenitud (áoros), categoría en la que se incluían los niños, cuyo llanto desconsolado un personaje de Plutarco creyó escuchar en el curso de una extraordinaria experiencia oracular (*De gen. Socr.* 590F).

TEXTOS

1. Dion de Prusa, XII (*Olímpico*) 60-61

Pues nadie se atrevería a afirmar que mejor habría sido que no se hubieran mostrado a la humanidad estatuas o cuadros de dioses, puesto que bastaba con mirar a los cielos solamente. Ciertamente que toda persona sensata los venera y los considera dioses bienaventurados al contemplarlos desde la distancia. Pero, debido a nuestra atracción a lo divino, hay un poderoso instinto en toda la humanidad a honrar y venerar de cerca a los dioses, a acercarnos hasta tocarlos con convencimiento y hacer sacrificios y adornarlos con coronas. 61. En efecto, como si fuéramos sin más chiquillos arrancados del padre o la madre y que en su vivo deseo y añoranza muchas veces en sueños alargan los brazos hacia los ausentes, así también nos comportamos los hombres hacia los dioses a causa de su favor y parentesco, y nos empeñamos por todos los medios en estar con ellos y tratarlos.

2. Hesíodo, *Teogonía* 346-348

(Tetis unida a Océano) dio a luz también a la sagrada stirpe de hijas (*Kourai*) que por la tierra se consagran a la crianza de los muchachos (*kourizousi*) junto con Apolo soberano y los ríos, que de Zeus han recibido este destino.

3. Platón, *Leyes* VII 794a

Pues bien, los que son de esas edades (sc. entre tres y seis años) tienen ciertos juegos espontáneos que casi ellos solos inventan al reunirse unos con otros. Deben, pues, reunirse todos los niños que tengan esa edad, desde los tres años hasta los seis, en los santuarios de las distintas aldeas, juntos en el mismo sitio los de una misma aldea; y además debe haber unas nodrizas que vigilen el comportamiento decoroso o desordenado de los tales; y para organizar a las nodrizas mismas y el conjunto del tropel que sea designada por los guardianes de la ley una de las doce mujeres elegidas previamente.

4. Aristófanes, *Lisístrata* 637-647

CORO DE ANCIANAS

Nuestras palabras son, ciudadanos, de mucho provecho para la ciudad.

Y con razón pues me crió con espléndido regalo.

En cuanto cumplí siete años fui ya arréforo.

Luego a los diez cumplidos fui molinera para la Señora que guía.

Y luego con un manto azafranado, hice la osa en las fiestas de Braurón.

Y ya moza galana cumplí como canéforo con un collar de higos.

5. Pausanias, *Descripción de Grecia*, I 27.3

No lejos del templo de la Políade viven dos doncellas que los atenienses llaman “arreforos”. Éstas viven durante un tiempo junto a la diosa, y cuando llega la fiesta hacen de noche lo siguiente: se colocan sobre la cabeza lo que la sacerdotisa de Atenea les da para que lleven; y ni la que lo da sabe qué es, ni lo saben las que lo llevan. Hay un recinto en la ciudad de la llamada “Afrodita en los Jardines”, y a través de él hay una bajada subterránea natural, y por allí bajan las jóvenes. Abajo dejan lo que llevan, y cogen otra cosa que llevan enteramente cubierta. Entonces las dejan ya marchar, y llevan en su lugar a otras jóvenes a la Acrópolis.

6. Alcman, *Partenio* fr. 1 39-43

Mas yo canto La luz de Agido / domo el sol la veo, que Agido / para nosotras convoca y hace lucir.

7. Pausanias, *Descripción de Grecia* V 16, 2-3

Cada cuatro años. “las dieciséis mujeres” tejen un peplo para Hera y las mismas organizan también los Juegos Hereos. Los juegos consisten en una competición de carreras para muchachas. No son todas de la misma edad, sino que corren en primer lugar las más jóvenes, en segundo lugar las siguientes a éstas en edad y, finalmente, las muchachas de más edad. (3) Y corren de esta manera: su cabello está suelto, la túnica les llega un poco por encima de la rodilla, y muestran el hombro derecho hasta el pecho. Estas tienen también el estadio olímpico asignado para los juegos, pero para la carrera en el estadio les quitan la sexta parte aproximadamente. A las vencedoras les dan coronas de olivo y una parte de una vaca sacrificada a Hera y pueden ofrendar estatuas con una inscripción.

8. Porfirio de Tiro, *Sobre la abstinencia* IV 5

En efecto, lo mismo que en los misterios el llamado “niño del hogar” del santuario aplaca a la divinidad en representación de todos los iniciados, haciendo exactamente lo que se le ordena, de igual modo en los pueblos y en las ciudades los sacerdotes cumplen era

función encargándose por todos de los sacrificios y ganándose a la divinidad por medio de la piedad...

9. Pausanias, *Descripción de Grecia*, II 15.2-3

En él hay un templo de Zeus Nemeo digno de ver, excepto que el techo se ha caído y no queda ya ninguna imagen. Alrededor del templo hay un bosque sagrado de cipreses, dicen que Ofeltes, dejado allí por la nodriza en la hierba, fue muerto por la serpiente. 3 Los argivos hacen sacrificios a Zeus también en Nemea, y eligen un sacerdote de Zeus Nemeo, e incluso organizan un concurso de carreras para hombres armados en los Juegos Nemeos de invierno. Allí está la tumba de Ofeltes, y alrededor de ella una valla de piedra, y altares dentro del recinto sagrado; un montón de tierra es el sepulcro de Licurgo, padre de Ofeltes.

BIBLIOGRAFÍA

- ARIES, Ph. (1962), *Centuries of Childhood. A Social History of Family Life*, Londres, Jonathan Cape Ltd.
- AUGER, D. (ed.) (1995), *Enfants et enfances dans les mythologies*, Paris, les Belles Lettres.
- DILLON, M.P.J. (2002), *Girls and Women in Classical Greek Religion*, Londres, Routledge.
- EVANS GRUBBS, J., PARKINS, T. & BELL R. (eds.) (2013), *Oxford Handbook of Childhood and Education in Classical Antiquity*, Oxford, Univ. Press.
- GARLAND, Y. (1990), *The Greek Way of Life from Conception to Old Age*, Londres, Duckworth & Cornell.
- GOLDEN, M. (1990), *Children and Childhood in Classical Athens*, Baltimore-Londres, John Hopkins Univ. Press.
- NEILS, J., OAKLEY, J.H. (2003), *Coming of Age in Ancient Greece. Images of Childhood from the Classical Past*, New Haven, Yale Univ. Press.
- PARKER, R. (2006), *Polytheism and Society at Athens*, Oxford, Univ. Press.
- ROMERO MARISCAL, L. (2003), “El niño en la tragedia”, en J. M.^a García González – A. Pociña Pérez (eds.), *En Grecia y Roma: las gentes y sus cosas*, Granada, Universidad, 2003, 119-141.



Hieronymus van Aken (el Bosco).
Fragmento de las *Tentaciones de San Antonio Abad* (1510-1515).
Museo Nacional del Prado. Madrid.

EL MONJE

PEDRO CASTILLO MALDONADO
Universidad de Jaén